



CRONICA de la VIDA LITERARIA.

ENVIDIA por Manuel Benavente.

roica la mía
—¿Cuántos años sin vernos?
—Diez u once. ¿Cómo me encuentras?
—Parece otro.
—Me falta la melena, me cubre el bigote; aparecen las canas.
—José Luis trajo aillas y nos sentamos en la trastienda impregnada de olor a vino, conas, vas, jabón común.
Una enorme curiosidad me devoraba, pero temía despertar con ella algún dolor, no meca grande por escondido. Por decir algo, pregunté:
—¿Hace mucho tiempo que estás aquí?
—Con voz desgarrada por el recuerdo José Luis contestó:
—Ocho años, aproximadamente. "Noté" un poco por ahí, hasta que un tío de mi mujer me ayudó.
—¿Te casaste?
—Hace seis años. Tengo dos hijos.
Otra vez el silencio cayó sobre nosotros. (Pobre José Luis! Adivinaba su dolor, que me que maba como una llaga viva. Tan añorador, tan beliamin... ¿Cómo podía resignarse? Recordé nuestros proyectos, nuestras lecturas, nuestros primeros versos...)
—¿Quieres conocer a mi familia?
—Con mucho gusto.
—De paso tomaremos un amargo, ¿te sigue gustando?
—Como siempre.
Pasamos al comedor. La esposa de mi amigo, una joven de palabra franca y alma sencilla, me recibió afablemente. Los niños se dejaron besar y continuaron sus juegos. Todo respiraba paz y ternura. Un perro dormía en medio del patio lleno de sol. Por la ventana abierta entraba un grato perfume de campo.
Cuando la señora salió a preparar el mate, pregunté a José Luis:
—¿Eres feliz?
—No puedo quejarme.
—Bien. Yo tampoco me quejo. Pero aquellos hermosos sueños... ¿Qué nos queda de todo lo que ambicionamos?
—Lo que fuimos capaces de conservar. An, drecillo. O lo que la vida quiso dejar. No lo es bien. Ni me importa.
—¿Amargura?
—No, conformidad con el destino.
Regresó la esposa con el mate. José Luis la besó con la mirada, y con los labios a sus hijos. Creí comprender. No había ya para él más bello sueño que la vida misma. Y la vida estaba allí, en el pequeño mundo que le rodeaba. ¿Lo otro? Sueños inútiles, hambre, dolor, desamparo, rudo, vanidad, odio.
La conversación se animó. Toda la vida puerilina desfiló ante mí: la "desgracia" de la hija del peluquero, la rapacidad del procurador, los chanchullos electorales del comisario, la misteriosa ausencia del novio de Rosita Cabrera.
—¿Tarde ya.
—¿Cómo? ¿No vas a cenar con nosotros?
—No puedo, me esperan.
—Pero almorzarás mañana aquí.
—Sin duda.
Me despedí. Salí otra vez a pasear mi ebulliente por las calles sintiendo como nunca el peso de mi pueril vanidad literaria.
¿A qué volver a casa de José Luis? Ahora le tenía más envidia que cuando logré modelar un soneto mejor que yo.
Aquella noche me fui del pueblo. Pero algo de mí quedó enredado en las finas mallas de su silencio.

MANUEL BENAVENTE

A SÚNTON que no creo del caso recordar, me llevaron a aquel poblacho gris, apretado por los cerros, sucio de monotonía y borracho de silencios.
El hotel (creo que era el único) no me agradó. Mala comida. Peores habitaciones. Bem-biantes que me parecían hostiles. Plebeyo ambiente de naipes y alcohol. Se presentía el relámpago de los cuchillos.
Después de almorzar, salí a conocer la población. Poco había que ver, en verdad; calles tajeadas de zanjas; casas asombradas de su chatura y ranchos oscuros de humildad e ignorancia; grandes baldíos, pedazos de campo que el pueblo no había podido devorar.
A veces un rostro de mujer, con ojos ebrios de curiosidad, iluminaba una ventana para verme pasar. Miróme extrañado un transeúnte que caminaba sin voluntad, como quien no sabe adonde ir. En una esquina, envuelto en el olor más cálido del tabaco negro y la caña, el guardia civil (también creo que era el único) se dormía de hastío.

Llegué hasta la plaza, con su caricatura de jardines y sus árboles anémicos, manuscritos dormidos en el seno de la tarde dorada. Frente a la plaza, como parece de rigor, estaba la iglesia, con sus tímidas torres adornadas por móviles collares de palomas.
Casi junto a la iglesia — en una casa mitad rancho, mitad propiedad urbana — se anunciaba un "Almacén" con letras descoloridas y deformes. Me saltaban cigarrillos. Entré; no había nadie a la vista. Llamé con discretos golpes sobre el mostrador, y una voz lejana me respondió: "¡Vasas!".
Un minuto después apareció un hombre. Al verlo, la sorpresa me dilató los ojos y el corazón aceleró su ritmo.
—¿José Luis! — grité casi.
Como no me reconociera, agregué:
—Soy Andrés González, ¿recuerdas?
—¡Ah! ¿Caro Andrés! ¡No! Nos abrazamos con emoción.
—Yo te creía en Buenos Aires; en cualquier parte... menos aquí, — le dije.
—¿Qué sorpresa! Si... fué una resolución he-

Ilustró Aguerre



Para conservar
Un cutis perfecto.

La Glicerina de Almondro que se encuentra en las farmacias en frascos especiales, es maravillosa para los cuidados del cutis. Pasándose un algodoncito mojado en ella se limpian de modo perfecto la cara, manos y escote y se evita el empleo del jabón que es tan

dañoso. El resultado es notable y basta hacerlo una vez para que se repita siempre. Nunca debe comprarse suelta por pocos centésimos. La legítima se consigue ahora en su envase original rojo y en un tamaño pequeño de 0.40

SAL DE FRUTAS

"ATHENA"

Favorece la belleza natural eliminando las impurezas. Tómese en ayunas.